

# UNO ES UN “MANDAO...”

Era un mediodía pálido y frío de diciembre, como en el empuje de un cuento. No; eran ya las primeras horas de la tarde. El aire de Guadarrama soplaba lo suyo sobre la estación madrileña que todos llamamos del Norte, y eso que tiene un rótulo precioso: "Estación del Príncipe Pío». (¿Quién sería el Príncipe Pío que prestó su nombre a estos alcoves? ¿Pío es nombre de pila o adjetivo sinónimo de piadoso?) Los señores viajeros, como en un experimento de Pávlov, segregábamos precavidos jugos, sólo de pensar en la comida que prometían los altos gorros de los marmitones, la que vendrían a servirnos en el ambiente acondicionado del "Ter" mientras por fuera estaría cayendo una nieve fina y ajena sobre los altos de las Roza. Entre las pieles de un buen abrigo se adivinaba una hermosa dama a quien su compañero despedía con recomendaciones prácticas y opulentas: "No te enfríes, no cojas el maletín que pesa, si no te gusta el menú mira la carta, en el bar suelen llevar Chester". Había un par de monjas, un joven con paraguas y la barbita en punta, una chica mona con la pierna escayolada, otro par de monjas, los ejecutivos con sus carteras, una figura de mujer embarazada y tímida... Estábamos todos. Estaba, incluso -pero da no sé qué decirlo, de tan literario-, un teniente que iba a despedir a su novia, una chica de Valladolid... De manera que uno tenía la sensación de un mundo redondo, sincronizado, casi perfecto.

Entonces se corrió que en los alrededores nuestra composición se había salido un poco de madre, que para un tren es salirse de vía, y no se sabía cuándo podría arrancar. Más de un viajero alzó sin darse cuenta el cuello del abrigo. Es lo que se hace si se va tranquilamente por la calle y cae sobre nuestra nuca la gotera de un canalón. La verdad es que la reacción fue resignada. Casi todos marchamos a la cafetería, que en otros tiempos se llamaba la fonda. Los duelos con pan, son menos, y mejor si el pan se puede untar en algo caliente. El camarero era partidario del plato combinado número 3, como se puede ser hinchado de un equipo de fútbol. Se refería a él con fanatismo, con obstinación. Creo que el número 3 era filete, huevo frito, salchichas (dos) y ensaladilla rusa, esa que en los últimos decenios era llamada, y no por purismo, ensaladilla nacional. Pero apenas hubo tiempo de definirse. Antes de que empezara a funcionar el lápiz del servidor, y menos aún la cocina, los altavoces de la Renfe se pusieron a repetir machaconamente que el "Ter" para nuestro destino estaba estacionado en vía tal, andén cual, y que partiría a la hora reglamentaria. En esto de los altavoces siempre caben matices. Desde los que no dejan entender una palabra hasta los que son

servidos por funcionarios que han ido a muchas películas de ambiente internacional. Yo he visto -o escuchado-, gracias a un ferroviario locutor, cómo la estación de Monforte de Lemos, a la hora de salir "la unidad" para Ponferrada, se impregnaba de una atmósfera cosmopolita que la quisiera la «gare» de Paris-Austerlitz. El de la mañana madrileña, era normal.

Yo no sé cómo empezó el conflicto porque me rezagué comprando periódicos, alimento espiritual que en la ocasión (como iba más a saber luego) resultaba menos urgente que el adquirir bocadillos. Lo cierto es que la situación en el andén de salida llegaba a tumulto. La causa estaba en que el «Ter» no era un «Ter»,

-Pero oiga usted, revisor, ¿esto qué es?

-Pues ya lo ve, caballero, un caso de fuerza mayor.

En realidad era un tren convencional, cómodo, limpio, y aseguraban que tan rápido como el sustituido, con su calefacción y todo. Pero no era un «Ter, Y no llevaba comida ni para un trapense en viernes de cuaresma. Esto pareció agravar mucho la tensión. Y que iban a ser las tres de la tarde.

Se abrió entonces un amplio abanico de actitudes. El caballero de la señora del abrigo de pieles prometió que "aquello" no se pondría en marcha de ninguna manera, "esto bajo mi responsabilidad". La señora del abrigo de pieles inquiría: «Pero bueno, ¿dónde está el policía de este tren?» , Fue mi única intervención: «Señora, a lo mejor el tren no tiene que llevar policía; tampoco lleva capellán». Hubo un conato de unión que hace la fuerza: «Bajémonos todos y que salga el tren vacío si quieren». Una monjita, pacífica y dulce, apuntó: «¿Y si al salir el tren tiramos de la señal de alarma?» A lo mejor era una represión infantil. Surgieron más ideas, tantas como perjudicados, y algunas eran de mucha moderación y prudencia. Sin embargo, había una demanda común, unánime, invariable, la de pedir que alguien viniese a dar la cara. Pero alguien que tuviera mando en proporción con la importancia del asunto.

-A ver, el jefe de estación.

-Algún Inspector.

-El interventor del Estado.

Allí no había más que el revisor. El revisor sudaba, y eso que iba a cuerpo, con una chaqueta azul por cuyo bolsillo asomaban muchos lápices y bolígrafos. Él explicaba que era un caso de fuerza mayor. Aseguró que el tren iba a salir de todos modos.

Bueno, el caso es que el tren silbó, arrancó -quizá más despacio, hasta ver qué pasaba-, y no pasó sino que todos los viajeros íbamos dentro, acalorados con nuestras expresiones verbales, que otra calefacción no llegó a haber, y hablando mucho, esto sí, de las cosas que íbamos a consignar en pillando el libro de reclamaciones.

Lo que sucedió después es algo que puede seguirse por la guía misma de los ferrocarriles. Allá por las Zorreras se trasvasaba a los vagones un sol, tímido que nos reconciliaba con la creación. Y El Escorial, al fin y al cabo, qué otra cosa es sino una lección de serenidad. El revisor dijo que en Ávila habría bolsas de comida para los viajeros ayunos, café caliente y otras maravillas. Hubo, verdaderamente, de todo eso, de manera que por Medina del Campo el pasaje del tren pensaba del revisor, y lo decía, que el hombre había hecho cuanto podía hacer. De libro de reclamaciones, nada. Los señores viajeros quedamos a partir un piñón con el funcionario (creo que se intercambiaron tarjetas), y más cuando alguien sacó la frase sacramental, lo de que el hombre, a fin de cuentas, no era otra cosa que «un mandao».

Yo acabé el viaje meditando con simpatía sobre estos últimos delegados del poder. Ellos suelen tener una pequeña porción de autoridad, la justa para salir adelante con el encargo que les dieron, y por eso saben administrarla con mucho tino. Los hay de cierto nivel, que apenas se les nota que lo son; pero el más corriente -el que quisiéramos alabar aquí- suele llevar uniforme, que aunque modesto, siempre es algo. Y tiene idea de su condición. En ocasiones, si no se adelantan los otros, a lo mejor la declara él mismo:

-Uno es un «mandao»...

La de complicaciones que resuelven en España los «mandaos».

**Antonio PEREIRA**